

han rebatido dicha fecha, entre los que está el mismo Stanton. Sigue exponiendo las diversas variantes que se encuentran con frecuencia en los códices, así como una referencia a la crítica de las formas. Aborda la cuestión de la posibilidad de la existencia de un evangelio perdido, así como las relaciones hipotéticas de los evangelios entre sí, sobre todo de los Sinópticos (cfr. pp. 69-100).

Estudia algunos evangelios apócrifos, como los de San Pedro y Santo Tomás. También trata de los manuscritos de Egerton y el llamado «Evangelio secreto de Marcos». Trata el tema de la armonización de los cuatro evangelios (cfr. pp. 123-139), así como la arqueología como testimonio de la figura de Jesús (cfr. pp. 140-152). También se detiene en las tradiciones sobre Jesús que se dan fuera de los evangelios, como son los *Anales* de Tácito y las *Guerras judaicas* de Flavio Josefo (cfr. pp. 153-165).

Los capítulos XI-XV desarrollan diversas cuestiones en torno a Jesús, como su condición de profeta (cfr. pp. 193-201), sus relaciones con el Bautista (cfr. pp. 203-212), y su condición de Rey de los judíos (cfr. pp. 213-229). El último capítulo, titulado «Parole d'Évangile, la vérité apropos de Jésus», es un resumen en el que se destaca la veracidad de los relatos evangélicos, aun cuando se comporten según el modo de narrar de su tiempo y busquen, sobre todo, transmitir el mensaje salvífico del Evangelio.

Presenta unas sugerencias bibliográficas de cuestiones generales y de los temas particulares de cada capítulo. Termina con un índice de materias y otro de las ilustraciones en blanco y negro que contiene el libro, interesante desde el punto de los testimonios históricos relativos a Jesucristo.

A. García-Moreno

Rudolf SCHNACKENBURG, *La persona de Gesù Cristo nei quattro vangeli*, Paideia Editrice, Brescia 1995, 451 pp., 22,5 x 15,5, ISBN 88-394-0529-1.

Explica el a. cómo el método histórico-crítico ha llevado a resultados muy diferentes, no siempre positivos, en el campo de la investigación sobre Jesús, en la que está empeñado desde el resurgir de la exégesis bíblica católica en el año 1943, con la encíclica *Divino Afflante Spiritu*. La situación actual, con frecuencia desalentadora, le ha inducido a intentar una vez más un acercamiento diverso a la persona de Jesús, que vino históricamente y, al mismo tiempo, vive todavía junto a Dios y a la Iglesia. Ha dudado realizar esta tarea que, en definitiva, quiere ayudar a un encuentro con Cristo vivo que nos repite hoy su llamada (cfr. p. 10). Se dirige a la comunidad de creyentes, por lo cual se coloca entre fe e historia, teniendo en cuenta la crítica histórica, pero sin entrar en cuestiones discutibles. Recuerda que en ocasiones los estudios crítico-históricos han podido suscitar dudas, pero reconoce que a pesar de ello, los cristianos creyentes conservan la fe en Jesucristo, portador de la salvación y redentor del mundo (cfr. p. 10).

Trata de individuar la visión cristológica de cada evangelista (caps. 2-5), presentando luego una visión unitaria y una síntesis. Termina con una especie de epílogo que titula «Per guardare avanti», frase sugerente y significativa en cuanto que los evangelios, aunque sean una obra definitiva, no se pueden considerar como una obra estática. Al contrario, las palabras y los hechos de Jesucristo siguen resonando e interpelando, iluminando y alentando a los hombres en su camino.

Es un don de agradecer la existencia de los cuatro evangelios, pues cada uno

ofrece una perspectiva distinta que enriquece el conjunto. Son como cuatro columnas en las que se asienta el edificio de la Iglesia. Esta imagen, sin embargo, resulta inadecuada por lo que tiene de estática y no expresar el correr vivo de la Tradición, ni permitírnos conocer cómo esos cuatro pilares sostienen a la Iglesia. Los cuatro evangelios, sigue diciendo Schnackenburg, no pueden ser simplemente sumados, sino que es preciso confrontarlos y, cuando es posible, coordinarlos. Recuerda que los evangelios se han formado de manera progresiva en un proceso continuo. El evangelio más antiguo es el de Marcos, base de los otros sinópticos y también de San Juan. Tradiciones sucesivas han enriquecido el *Urmarcus*, se han unido las tradiciones sobre los dichos de Jesús (Q), otras tradiciones judeocristianas y no pocas narraciones aisladas. La tradición completa de los evangelios, por tanto, forma un gran río que recoge nuevos torrentes y enriquece la imagen de Jesús con la reflexión sobre su persona. «La profundidad de la visión cristológica —afirma— alcanza su punto más alto en el evangelio de Juan» (p. 450).

Con Taciano se hizo un solo evangelio, el *Diatessaron*, con la intención de unificar los cuatro textos evangélicos. Fue una idea que no progresó, permaneciendo cada evangelio con su propia perspectiva y enfoque. En efecto, Ireneo habla claramente de los cuatro evangelios e ignora el evangelio único de Taciano. Vuelve a la imagen de los cuatro ríos, evocando el relato del Génesis y también el del Apocalipsis. De esa manera el evangelio es un caudaloso río cuatripartito que riega la tierra seca y calma la sed de la humanidad que languidece. Cita el pasaje de Jn 4, 14, donde el Señor promete el agua que saltará como una fuente hasta la vida

eterna. Viene a ser lo mismo que afirma Pablo cuando asegura que «el evangelio es la potencia de Dios que salva a todo el que cree» (Rm 1, 16).

Estamos ante una obra de sólida doctrina y buen hacer exegético, fruto de muchos años de docencia y de estudios del hoy Profesor emérito Rudolf Schnackenburg.

A. García-Moreno

Alexis RIAUD, *La triple Mission du Verbe Incarnée*, Paris 1995, 124 pp., 15 x 20.

En la presentación adelanta el a. su tesis al decir que «en los primeros siglos de la iglesia, particularmente en Oriente, las comunidades cristianas han vivido en la esperanza y la persuasión de que al fin de los tiempos, cuando el Señor llegue en su gloria restablecerá todas las cosas, ángeles y hombres, a su dignidad primera» (p. 11). Sigue explicando que esa creencia se apoya en diversos textos del Nuevo Testamento que anuncian la «restauración universal» (*apokatástasis*), expresión usada por San Pedro en Hch 3, 21.

De esta doctrina, sigue diciendo, se deriva que el infierno, aunque eterno si se le considera desde el lado de los condenados, no lo será efectivamente del hecho de la Omnipotencia y la Misericordia que, al fin de los tiempos, en su Hijo Cristo Jesús, reconciliará todos los seres, tanto terrestres como celestes «pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas...» (Col 1, 20).

En la Introducción afirma que hay que acoger la Palabra de Dios con prontitud y amor, acogerla tal cual es, sin buscar acomodarla a nuestros gustos, a nuestras opiniones o prejuicios y adherirnos a ella con todo nuestro espíritu y